

INTRODUCCIÓN

No es fácil ser un vividor, o un bon vivant, que suena mejor; los franceses siempre han sido unos maestros en esto de poner nombres rimbombantes a las cosas, como cuando llaman *beaujolais* al vino peleón y lo rodean de encanto —quiere decir glamour— o cuando llaman a sus Sancho Panza gourmets. No es fácil este buen vivir: si bebes no conduzcas, fumar mata, la carne y los embutidos provocan cáncer, el dulce engorda, con el sexo puedes contraer el sida, si pecas te condenas, pensar es malo, extraño: daño. No, no es fácil, había que encontrar un refugio donde pecar en paz.

Fue un viernes de noviembre cuando se inauguró la Mansión de los buenos humos, lugar de solaz. Hacía frío en la calle, llovía con la persistencia de las borrascas otoñales. Las chimeneas, encendidas unas horas antes, caldeaban el salón a la espera de la llegada de los invitados. A las ocho comenzaron a llegar los socios más puntuales. A las nueve menos cuarto ya estaban los trece sentados a la mesa para dar cuenta del banquete inaugural. Desde aquella noche cada viernes se repetiría el ritual: cena a las nueve menos cuarto —el menú y los vinos serían escogidos cada semana por uno de los socios que actuaría como anfitrión y maestro de ceremonias— después se degustarían licores en el salón, sentados en los sillones dispuestos en torno a las chimeneas mientras un tocadiscos,

conectado a un potente amplificador, reproduciría un vinilo con la música seleccionada por el socio anfitrión. A la luz de las chimeneas y de las velas, colocadas estratégicamente, cada semana catarían el cigarro elegido para después seguir fumando cada uno a discreción según el mejor criterio de cada cual en cuanto a vitolas y tamaños: robustos, toros, coronas, churchill, belicosos... La jornada inaugural se fumó un Oliva Melanio, elegido por don Ramón para la ocasión, que entusiasmó a aquellos apóstoles del humo, que se confinarían a partir de entonces cada viernes para celebrar sus rituales en aquella lujosa catacumba. Una vez reposada la cena y terminada la audición musical, el anfitrión leería un relato que daría lugar a debates que se prolongarían hasta las tres de la madrugada, hora de retirarse a sus habitaciones a descansar antes de partir a la mañana siguiente cada uno a sus quehaceres. Estos cuentos serían de libre elección y podían ser propios o escuchados, reales o ficticios, fantásticos o realistas, la libertad era absoluta, se podía tratar cualquier tema: la vida, la muerte, el amor, el sexo, la incomunicación, el esfuerzo, la belleza, Dios; podían ser tristes o alegres, serios o cómicos. Se dejaba a la inteligencia de cada uno la elección con el ánimo de provocar el debate subsiguiente. Se podrían incorporar nuevos socios fumadores a estas jornadas e incluso invitar ocasionalmente a conversos.

Don Ramón, como presidente de aquel club de vividores que tenía como eslogan la frase que Marck Twain empleó en cierta ocasión: "Si no puedo fumar puros en el paraíso, no iré", ejerció de anfitrión en la sesión inaugural y la doctora Ágata Espinosa, hermosa fumadora, psicóloga, creadora de la Terapia Relativa, clausuró la serie de cuentos con los que se amenizaron las noches de la primera temporada y que se recogen en este volumen.



anabealispera1

NARGUILEH

¡Sara! ¡Sara! Ahora, cuando estoy a punto de morir de sed en este desierto, los ojos se me llenan de lágrimas. No puedo evitar recordar con claridad lo que pasó desde que la vi por primera vez. Fue el nueve de julio, día en el que iba a cumplir dieciséis años, mi padre, el visir, regresaba de una de sus expediciones, la longitud de la caravana, cargada de fardos y enormes carretas con la carga tapada, hacía prever que la expedición había sido fructífera y que tendría un buen regalo. Al lado de mi padre cabalgaba una mujer blanca, joven, con el pelo dorado de la que quedé profundamente impresionado.

Cuando mi padre descabalgó se acercó a mí, me abrazó y me dijo al oído: “traigo un hermoso regalo para ti. Esta noche te haré entrega de él”. Excitado le sonreí, le abracé y acaricié su barba, después le besé en la frente y le di las gracias.

Estuve todo el día paseando de un lado a otro, irritable. Al terminar la cena, mi padre dio dos palmadas y se hizo el silencio. Un enorme carro entró en el salón, las ruedas chirriaron hasta que quedó parado en el centro. Se escuchaban movimientos detrás del lienzo que lo cubría, imaginaba su cuerpo desnudo deslizándose, moviendo las caderas, presentía la contorsión de su cintura y sus hombros, escuchaba el sonido de los cascabeles prendidos de sus dedos y